

PENSAR LA HEGEMONÍA Y LA ESTRATEGIA POLÍTICA EN LATINOAMÉRICA

Thinking the Hegemony and the Political Strategy in Latin-America

JAVIER BALSA¹

Centro de Investigaciones sobre Economía y Sociedad en la Argentina Contemporánea / Universidad Nacional de Quilmes / Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas
jjbalsa@unq.edu.ar

RESUMEN

El presente artículo procura sistematizar algunas ideas para pensar los procesos políticos llevados adelante por los gobiernos de izquierda y centro-izquierda en América Latina desde principios del siglo XXI. En primer lugar, se resume un esquema general sobre la teoría de la hegemonía en el que se incorporan, a una matriz de tipo gramsciano, una serie de aportes de la tradición de Ernesto Laclau, y que presta especial atención al hecho de que los procesos latinoamericanos han logrado disputar, de algún modo, la hegemonía. En segundo lugar, se sistematizan algunos de los éxitos de la estrategia y la táctica política de estos movimientos. Y, finalmente, se esbozan algunas limitaciones de estos procesos y se propone una estrategia de tipo contra-neoliberal para darle continuidad al sendero emancipatorio.

Palabras clave: Hegemonía, América Latina, Populismo, Posneoliberalismo, Estrategia

ABSTRACT

This article tries to systematize some ideas to think the political processes carried out by the left and center-left governments in Latin America from the beginning of the 21th century. In first place, it summarizes a general scheme about the theory of hegemony where a series of contributions of the tradition of Ernesto Laclau are incorporated in a matrix of gramscian perspective, and that also takes notice of the fact that the Latin-American processes have been able to dispute, in some way, the hegemony. In second place, it systematizes some of the successes of the strategy and the political tactic of these movements. And, finally, it sketches some limitations of these processes and it proposes a counter-neoliberal strategy to give continuity to the emancipatory path.

Keywords: Hegemony, Latin America, Populism, Post-neoliberalism, Strategy

¹ Doctor en Historia por la Universidad Nacional de La Plata (Argentina) y Magister en Ciencias Sociales por FLACSO. Investigador Independiente del CONICET, y Profesor Titular en el área de Sociología y Director del Centro de Investigaciones sobre Economía y Sociedad en la Argentina Contemporánea (IESAC) en la Universidad Nacional de Quilmes (Argentina). Es autor de La crisis de 1930 en el agro pampeano y El desvanecimiento del mundo chacarero, y ha compilado Pasado y presente en el agro argentino, Agro y política en Argentina, 1930-1943 y Discurso, política y acumulación en el kirchnerismo. Actualmente investiga cuestiones teóricas y metodológicas sobre la teoría de la hegemonía. E-mail: jjbalsa@unq.edu.ar <http://www.iesac.unq.edu.ar/jjbalsa>

INTRODUCCIÓN

Una conceptualización de los procesos políticos que han atravesado la mayoría de los países de América Latina durante la última década y media, debe comenzar recordando la situación de la que se partió. En los años noventa, los regímenes neoliberales se habían consolidado en casi todo el continente y las ideas de izquierda parecían que habían ido a parar al cajón de los recuerdos. Nadie hablaba de “pueblo”, sino de “gente”, ni tampoco se usaba ya el término “soberanía” y menos aún “socialismo”, ya que el capitalismo había logrado convertirse en el horizonte de toda práctica política de masas.

Sin embargo, a partir del triunfo de Hugo Chávez, en diciembre de 1998 en Venezuela, se fue abriendo un proceso de consolidación de propuestas de izquierda y centro-izquierda que ha vuelto a dar vida a las ideas de emancipación social. En pocos años, las fuerzas con estas características lograron acceder a las presidencias de Brasil, Argentina, Uruguay, Bolivia, Nicaragua, Ecuador, Chile, Honduras, Paraguay y El Salvador. Es verdad que han habido algunos retrocesos, a través de golpes parlamentarios (Honduras y Paraguay, y otro con una dinámica abierta en Brasil) o derrotas electorales (Argentina y Venezuela, en este caso perdiéndose solo el poder legislativo, y transitoriamente en Chile). También es cierto que este listado incluye gobiernos con notorias diferencias entre ellos, y que algunos no han tenido un perfil de izquierda y que otros han sostenido una dinámica política extremadamente moderada. Sin embargo, por estar a contramano del predominio neoliberal que acontece en casi todo el resto del mundo, la izquierda de muchas otras regiones mira estas experiencias latinoamericanas para tratar de encontrar algunas pistas que les ayuden en sus esfuerzos por volver a disputar el poder político.

A pesar de que la actual coyuntura política conduce a muchos analistas a hablar de un “fin de ciclo”, el escenario está aún abierto a la disputa. Solo las luchas populares y las formas de resolver la crisis política que existe al interior de buena parte de las fuerzas de izquierda y centro-izquierda, indicarán en qué medida estamos frente retrocesos parciales o frente a derrotas más estructurales. Y estas fuerzas cuentan en su activo la apropiación conciente, por parte de las mayorías populares, de una serie de derechos conquistados a lo largo de esta larga década. Sin embargo, este activo debe reforzarse con una mejor capacidad para comprender la dinámica actual y el pasado reciente.

Lamentablemente no contamos con buenas conceptualizaciones del conjunto de estos fenómenos políticos. Como señalan Sader (2009) y Burgos (2012), las tradicionales categorías de “reforma” o “revolución”, entendidas en forma dicotómica, poco aportan a su

comprensión.² Modonesi (2013) conceptualiza estos procesos como “revoluciones pasivas progresistas”. Sin embargo, toda revolución pasiva presupone la desactivación de una revolución activa que, en acto o en potencia, estuviera amenazando el orden existente, y, en realidad, en casi todos los países, las principales impulsoras del cambio político-social fueron las fuerzas que hoy lideran estos procesos. La conceptualización como “neodesarrollismo” (Katz, 2015), si bien resulta pertinente para caracterizar el modelo de acumulación, no logra dar cuenta de la dinámica global de estos procesos latinoamericanos, que poseen mucha más complejidad, en especial en su dinámica política.

En fin, necesitamos profundizar la reflexión teórica, tanto para aportar al proceso de la izquierda mundial, como para comprender mejor nosotros mismos qué hemos estado haciendo y, sobre todo, cuáles son las limitaciones de estos procesos y las causas de ciertos estancamientos o, incluso, de las derrotas que estamos sufriendo.

El presente artículo procura sistematizar algunas ideas para pensar estos procesos a partir del concepto de hegemonía. En el primer apartado sintetizamos un esquema general sobre la teoría de la hegemonía en el que se procura incorporar, a una matriz de tipo gramsciano, una serie de aportes de la tradición de Ernesto Laclau, y que presta especial atención al hecho de que los procesos latinoamericanos han logrado disputar, de algún modo, la hegemonía. En el segundo apartado, se sistematizan algunos de los éxitos de la estrategia y la táctica política de estos movimientos de izquierda y centro-izquierda. Y, finalmente, en el tercer apartado, se esbozan algunas limitaciones de estos procesos y se propone una estrategia de tipo contra-neoliberal. Cabe aclarar que el carácter del presente trabajo es de carácter conceptual y embrionario, sin especificarse en los aspectos específicos de cada país y, tampoco, sin que se llegue a una caracterización precisa del conjunto de los procesos.

PERSPECTIVAS SOBRE LA HEGEMONÍA

El enfoque teórico que más puede ayudar a entender estos procesos es una teoría de la hegemonía. El concepto de hegemonía es el que ha colaborado mejor a la comprensión de los procesos políticos en las sociedades modernas, en particular con formas republicanas de gobierno, es decir, basadas en su elección a través del

² El propio Borón, a pesar de las críticas que primero formula al reformismo, luego sostiene que “un reformismo radical, intransigente, aparece como el único camino por el cual avanzar, mientras las fuerzas populares se esfuerzan por modificar las condiciones objetivas y subjetivas necesarias para ensayar alternativas más prometedoras”. Especialmente, “si las reformas se dieran bajo una cierta forma – potenciando la presencia popular en el estado, la economía y la vida social; fortaleciendo la organización y concientización de las clases explotadas; actuando rápidamente y estableciendo salvaguardas que garanticen la irreversibilidad de las mismas; diseñando una lógica acumulativa que ponga en movimiento una suerte de ‘reformismo permanente’–, ellas podrían constituir un peldaño nada despreciable para avanzar en dirección al socialismo” (Borón, 2014: 130-132).

voto popular y en contextos de bastante libertad en la difusión de ideas políticas en la opinión pública.

La teoría de la hegemonía ha permitido comenzar a entender por qué se aceptan ciertos tipos de dominación social y se otorga legitimidad a algunos grupos dirigentes. Se explica así, por qué los gobiernos y, también, los sistemas sociales, pueden consolidarse sin recurrir a la mera violencia física. Es que una dominación hegemónica es una dominación en la que no se requiere hacer uso de la violencia en forma generalizada, porque lo que predomina es el consenso, más allá de tener bases coercitivas (Coutinho, 2003). La hegemonía sería la forma en que un grupo logra que sus intereses sean percibidos por la mayoría como los intereses del conjunto de la sociedad y, por lo tanto, se acepta que ese grupo sea el grupo dirigente.³

1.1. ELABORACIONES DESDE LA DERROTA

Ahora bien, las dos grandes elaboraciones teóricas sobre la hegemonía, la de Antonio Gramsci y la de Ernesto Laclau, fueron realizadas desde la derrota, es decir, para tratar de comprender cómo se había reconstruido la hegemonía burguesa. Recomposiciones que se habían dado en contextos republicanos, cuando la esperanza de las fuerzas de izquierda había sido que, en la medida en que las mayorías populares accedieran al voto y pudieran organizarse en torno a partidos políticos de izquierda, la burguesía debía perder su capacidad de dirección de la sociedad.⁴

Así, Antonio Gramsci desarrolló el concepto de hegemonía, justamente, para dar cuenta de la derrota de los movimientos revolucionarios que tuvieron lugar en Europa durante la década de 1920. Recordemos que se habían gestado grandes expectativas de un triunfo de una revolución socialista en varios países europeos en el contexto de la movilización de masas en la primera posguerra, que se dio en forma conjunta con la instauración de amplios sistemas políticos basados en el sufragio universal (al menos masculino) y con el ejemplo presente de la revolución rusa. Sin embargo, estas ilusiones fueron clausuradas por diversas formas de reconstrucción de la dominación burguesa, desde el fascismo, en un extremo, hasta el New Deal de Roosevelt, en el otro. Las reflexiones y elaboraciones de Gramsci buscaron, precisamente, explicar estas recomposiciones y, por lo tanto, surgieron para dar cuenta de la derrota de la izquierda revolucionaria. Es cierto que esta teorización también aportaba elementos para diseñar

³ Un primer desarrollo más detenido de esta operación de especificación del concepto de hegemonía puede encontrarse en Balsa (2006a).

⁴ El texto que, a fines del siglo XIX, más claramente había traducido estas esperanzas en términos de la estrategia marxista fue la "Introducción" que escribió Engels, en 1895, a "Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850" de Marx [1850] –aunque no se hacía ilusiones acerca de que la burguesía fuera a entregar pacíficamente el poder. Paralelamente, como sostiene Therborn, "ni Marx, ni Engels, ni los marxistas de la II Internacional contaron nunca con que los partidos burgueses de masas alcanzaran la longevidad y la tenacidad que en la práctica han demostrado" (Therborn, 1998: 231).

estrategias políticas comunistas que evadieran el "catastrofismo" y el "economicismo", entre otros errores, y que procuraran la articulación de todos los sectores subalternos para la disputa de la hegemonía (en particular, logrando la incorporación del campesinado al proyecto revolucionario). Sin embargo, el contexto de su elaboración era manifiestamente el de un retroceso y, cada vez más claramente, de una derrota de la izquierda.

La otra importante elaboración teórica en torno a una teoría de la hegemonía, fue realizada por Ernesto Laclau, y surgió como respuesta a otra derrota, o más bien, a una serie de derrotas de las diversas izquierdas a nivel mundial, tal vez incluso más profundas, generalizadas y duraderas que las acontecidas en los años veinte y treinta. A mediados de los años ochenta, cuando escribió, junto con Chantal Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista* (1985, edición en castellano en 1987a), era ya claro el fracaso de las experiencias de lo que se denominaba el "socialismo real", pero también era evidente el completo desvanecimiento de las expectativas acerca de una vía socialdemócrata al socialismo: los partidos socialistas europeos no solo habían ido abandonando, gradual pero inequívocamente, todo ideal de superación del capitalismo, sino que, además, tenían claras dificultades para, tan siquiera, mantener los Estados de Bienestar que habían construido durante la segunda posguerra. Incluso el eurocomunismo, todavía poderoso a fines de los setenta, entraba para mediados de los ochenta en lo que sería su declive final. Al mismo tiempo, la derecha neoliberal avanzaba por todo el mundo occidental, liderada por Margaret Thatcher y Ronald Reagan. Es en este contexto que Laclau y Mouffe escribieron su libro, y terminaron centrando su estrategia en los movimientos sociales y en una perspectiva de radicalización de la democracia, a partir de la "consolidación y reforma democrática del Estado liberal", como reafirmaron ante las críticas a su propuesta (Laclau y Mouffe, [1987b] 1993: 144). Como vemos, ha sido claramente otra teorización desde una derrota de largo aliento.

1.2. ALGUNOS POSTULADOS SOBRE LA TEORÍA DE LA HEGEMONÍA

Entonces, es probable que, para poder lograr mejores conceptualizaciones de los procesos latinoamericanos, haya que repensar estas elaboraciones, en un juego creativo entre la teoría y el estudio de estos fenómenos concretos, en los que –en vez de defenderse frente a las derrotas– se ha logrado disputar, al menos parcialmente, la hegemonía neoliberal, a través de procesos democrático-representativos.

Para realizar esta reelaboración conceptual creo que habría que trabajar en dos planos: por un lado, explorar la forma de articular los aportes de Laclau con la teoría

gramsciana de la hegemonía⁵ y, por otro lado, analizar los rasgos comunes de las experiencias latinoamericanas en su disputa relativamente exitosa y original por la hegemonía.

Obviamente, reelaborar una teoría de la hegemonía es una tarea de largo aliento y deberá ser, ineludiblemente, un proceso colectivo y vinculado con las luchas populares. Aquí, simplemente, vamos a enumerar, a modo de postulados (es decir, en un punteo sin argumentar acerca de su validez), las líneas centrales de una reelaboración en curso de la teoría de la hegemonía, algunos de cuyos resultados provisionales pueden encontrarse en Balsa (2006a, 2006b, 2010, 2011 y 2015)⁶:

a. No es conveniente pensar la hegemonía en términos de presencia o ausencia, sino entender las situaciones como una permanente lucha por la hegemonía, y comprenderlas en términos de grado y de esquemas de relaciones de fuerza (ver en especial, Gramsci, 1986: tomo 5 [Cuaderno 13 (17)]).

b. La hegemonía, en tanto centrada en el consenso, implica un trabajo eminentemente ideológico, en el cual los actores modifican sus identidades. Por lo tanto, la cuestión discursiva es central. Sin embargo, esta hegemonía persigue el establecimiento y/o consolidación consensual de una relación de dominación social, en la cual un sector social busca imponer/defender sus intereses sectoriales. De modo que, la hegemonía presenta dos caras simultáneas: proceso discursivo, y consolidación de intereses particulares de algunos sectores (atendiendo secundariamente ciertos intereses de los aliados e, incluso, de los subalternos).

c. Las luchas por la hegemonía se dan, no solo en términos del conjunto de la sociedad, sino también al interior de cada uno de nosotros.

d. El lado discursivo de la hegemonía está constituido por una articulación a través de la cual se establece una relación tal entre elementos, que la identidad de éstos resulta modificada como resultado de esta práctica.

e. El discurso no solo articula palabras o ideas, sino también ciertos grupos de prácticas, instituciones y organizaciones. Al respecto, proponemos una sistematización tentativa que distinguiría los siguientes cinco planos de lo discursivo:

5 En general, en América Latina las perspectivas gramsciana o laclausiana se han constituido como dos formas antitéticas de pensar la realidad social, con escasos o nulos diálogos entre sus cultores. En el caso de una parte de los estudiosos gramscianos italianos ha habido un diálogo mucho más sincero con la obra de Laclau (como por ejemplo en Frosini, 2009).

6 Tanto por una cuestión de espacio, como porque estas elaboraciones se encuentran, como dijimos, en proceso, no podemos desarrollar aquí la forma en que proponemos la posible articulación de las elaboraciones de Laclau con una perspectiva gramsciana de la hegemonía. Simplemente diremos que requiere mantener la validez de una existencia objetiva de las clases sociales (que de hecho, al propio Laclau le resulta difícil dejar de lado en forma completa), aunque despojada de todo componente teleológico (por cierto, tampoco sostenido por Gramsci). Por otro lado, esta articulación precisa del despliegue de los planos de lo discursivo en el sentido ampliado que le dio Laclau. Consideramos que en el siguiente listado de postulados es posible vislumbrar el modo en que estamos pensando articular ambas perspectivas teóricas.

1) El plano de la sedimentación de lo discursivo en el lenguaje, en un sentido amplio que incorpore otros lenguajes, como el gestual o el plástico.

2) El plano de la institucionalización de lo discursivo, que se plasma en organizaciones y legislaciones que brindan fuerza ilocucionaria a los enunciados emitidos desde algunas posiciones.

3) El plano de la comunicación de masas, que potencia la capacidad de un enunciator/a para lograr que sus enunciados lleguen a más individuos y con mayor frecuencia.

4) El plano económico, en el que se articulan distintos modos de producir y distribuir, configurando específicas formaciones económico sociales.

5) El plano de la encarnación de determinados discursos en la forma de distintos modos de vida.

f. En cada coyuntura particular, se proponen múltiples articulaciones, algunas de las cuales logran una mayor eficacia interpelativa y, en la medida en que consigan imponerse sobre las demás, podemos decir que se tornan hegemónicas (siempre será una cuestión de grados y de estabildades provisorias). Las articulaciones serán múltiples, no solo en el sentido de pluralidades en tensión o antagonismo, sino que habrá articulaciones al interior de cada uno de estos planos y, luego, entre los diversos planos.

g. Existen dos lógicas en la construcción de la hegemonía: una que denominamos “administrativista”, en la que la hegemonía se basa en procurar deglutir todas las demandas de forma diferencial, integrándolas en un esquema hegemónico y despolitizador, y otra, “agonal”, que está centrada en la construcción de un campo opuesto a otro, y en la cual las demandas tienden a considerarse equivalentes entre sí y a agruparse en polos antagónicos, que dividen el campo discursivo.⁷

h. Dentro de la lógica agonal, como una de sus clases, se encontraría la lógica populista, caracterizada por tres elementos distintivos: un empleo central de la duplicidad semántica del significante “pueblo”, la efectivización de diversas inclusiones radicales, y la construcción discursiva de “la oligarquía” u otro sector social encumbrado como los “enemigos del pueblo”. Así precisado, el populismo tendría un gran potencial para contribuir a la lucha emancipatoria (más detalles en Balsa, 2010).

i. Ninguna de estas dos lógicas puede presentarse en forma pura, de modo que, en cada coyuntura específica, es posible distinguir, al interior de cada uno de los cinco planos discursivos, el predominio de una u otra lógica.

7 A la primera de las lógicas, Laclau la llamaba “lógica institucional” y a la segunda, “lógica populista”, pero encontramos una serie de problemas que se derivaban de esta conceptualización (Balsa, 2010).

2. EL ÉXITO RELATIVO DE LAS FUERZAS LATINOAMERICANAS EN DISPUTAR LA HEGEMONÍA

Las fuerzas de izquierda y centro-izquierda han sido más exitosas en, al menos, los siguientes cuatro aspectos de la disputa por la hegemonía.

Un primer éxito de estos movimientos políticos fue que lograron ubicarse en el centro de la disputa política. Dejaron de ser discursos críticos situados en la periferia de la escena política (como los discursos que, en general, tienen muchos grupos de izquierda, que critican desde los márgenes del sistema político, sin buscar, al menos en lo inmediato, la conquista del poder estatal).⁸ En cambio, estas propuestas políticas populares se constituyeron en propuestas tendencialmente hegemónicas, en el sentido de disputar la capacidad para hacerse cargo del Estado y dirigir la sociedad. Para ello, consiguieron proponer un orden propio, frente al desorden que había dejado la crisis de las políticas neoliberales.⁹ Es cierto que no era una propuesta de un ordenamiento totalmente “nuevo”, y que, en este sentido, las rupturas con los elementos del orden neoliberal eran relativamente pocas, sobre todo en el primer momento. Igualmente, las derechas y la gran burguesía no fueron tolerantes con estos gobiernos y cargaron contra ellos de todas las formas posibles; y aquí hay que anotar dos nuevos éxitos de estas fuerzas.

El segundo éxito fue su capacidad para consolidar la arena democrática como el espacio para la resolución de las disputas políticas (con mayor o menor modificación del marco legal y las posibilidades de participación popular, con las reformas constitucionales que se realizaron en Venezuela, Bolivia y Ecuador). Así, se desarticulaban las opciones golpistas, secesionistas o de “golpes blandos” (con las obvias excepciones de Honduras y Paraguay, y recientemente la destitución en curso de Dilma Rousseff).¹⁰ De este modo, se consolidó un plano básico de la hegemonía, que es el respeto por la arena democrática.¹¹ Es que se valoró

8 Angenot (1998 y 2010) posee implícitamente una visión bastante pesimista acerca de estas posibilidades. Así en sus textos, el discurso hegemónico aparece con una enorme capacidad para lograr la cooptación de las disidencias y de fragmentar las resistencias. Por lo cual, las verdaderas rupturas heterónomas en relación con el discurso hegemónico se ubican solo en los márgenes. Y, el problema es que esta posición marginal haría muy difícil disputar la hegemonía. Por lo tanto, es muy difícil visualizar, en todo el esquema de Angenot, cómo podría ponerse en cuestión la hegemonía (más detalles en Balsa, en prensa).

9 Para Gramsci la propuesta de un nuevo orden era clave para la victoria hegemónica. Ver al respecto, el propio título de su semanario partidario (*L'ordine nuovo*) y el artículo “Utopía” publicado en *Avanti!* en 1918 (Gramsci, 2006: 49) o el artículo “El Partido Comunista” editado en *L'ordine nuovo* en 1920 (Gramsci, 2006: 113).

10 De todos modos, estos “golpes blandos” los hicieron con cierta legitimidad parlamentaria, más allá de su ilegalidad y el apoyo militar.

11 Podría interpretarse que se logró establecer una hegemonía de tipo ontológico, acerca del tipo de ordenamiento social legítimo. Luego, estas fuerzas políticas lograron disputar el sentido, de tipo óntico, que tendría en tanto opción política triunfadora en este juego democrático. Acerca de los planos ontológico y óntico dentro del enfoque de Laclau, pueden consultarse Marchart (2009) y Retamozo (2011).

muy positivamente esta arena, ya no como mera “democracia burguesa”, porque se observó que había sido justamente la burguesía la que había despreciado a la democracia y había impulsado sangrientas dictaduras para consolidar su dominación. Esta revalorización no implicó la sacralización de un tipo de democracia; por el contrario, varias de estas experiencias avanzaron en profundizar los aspectos más participativos de los regímenes republicanos, reduciendo el perfil liberal de los mismos. Y tampoco significó creer que el triunfo electoral estuviera asegurado.

En este sentido, el tercer éxito de estas fuerzas fue que lograron desplegar una táctica política que realizó un fuerte reconocimiento de las disputas electorales y se consiguió que esto fuera comprendido por un muy importante porcentaje de la ciudadanía. En cada elección se visibilizaban solo dos posibilidades (éxito o derrota del proyecto) y, por lo tanto, solo una opción para el campo emancipatorio: la continuidad del proceso (con todas sus contradicciones) o el triunfo de la derecha, cada vez más estratégicamente organizada por el imperialismo norteamericano. Consecuentemente, los votos en blanco o las opciones por terceras fuerzas (de una izquierda más principista) recibieron muy pocas preferencias. La derrota de la derecha y del imperialismo se impuso como objetivo de las masas, frente a cualquier crítica a los errores de los gobiernos populares. Sin embargo, por diversos y complejos motivos, importantes sectores de las clases populares han diluido estos grados de conciencia en los últimos años.

Y esta capacidad electoral se vincula con el cuarto éxito: estos movimientos fueron muy eficaces en su capacidad para re-constituir “un pueblo”, en términos de Laclau. No solo por volver a usar esta palabra, sino porque su empleo favoreció la internalización por parte de las mayorías populares (plebs) de que les corresponde imponer, en tanto mayoría de la ciudadanía (populus), a los que considere sus representantes, por sobre los representantes de la gran burguesía. Esta lógica populista fue la base de los sucesivos triunfos electorales; aunque, como ya dijimos, esto requiere de constantes, y no garantizadas, reactualizaciones.

A partir de estudios más específicos sería posible avanzar en la caracterización de los movimientos políticos latinoamericanos en tanto desplegaron, con mayor o con menor consecuencia, una lógica agonial. Decimos con mayor o menor consecuencia porque siempre, sobre todo a partir de hacerse cargo del Estado, surge lo que podemos llamar “la tentación administrativista”, de creerse que se está por encima de los intereses de las diferentes clases, y de que existe algo así como “el bien común”, es decir una política que beneficie a todos por igual, cuando esto es imposible.¹²

12 Usamos los términos “tentación administrativista”, para oponernos a la idea de “tentación populista” que, a nuestro entender, equivocadamente sostiene Zizek (2006a). Ver la respuesta de Laclau (2006) y la contestación de Zizek (2006b) que, para nosotros, no abordó los argumentos de Laclau.

3. LAS LIMITACIONES EN LA DISPUTA POR LA HEGEMONÍA Y LAS VIRTUDES DE UNA ESTRATEGIA CONTRA-NEOLIBERAL

3.1. EL TACTICISMO Y LAS LÓGICAS IMPLEMENTADAS

Tal vez la limitación más importante de la mayoría de los procesos políticos latinoamericanos ha sido que las fuerzas políticas llegaron al gobierno sin una estrategia política clara que le diera sentido a este logro. Es decir, que no contaron con una reflexión colectiva –en el sentido de compartida por el conjunto de su militancia– acerca de para qué se estaba accediendo al control del poder ejecutivo y, en muchos casos, también a las mayorías parlamentarias. No generaron una estrategia política, entendida como orientación general o camino a seguir en función de los objetivos finales que se persiguen. De modo que la táctica política no contó con la necesaria guía en la cual debe enmarcarse, ya que tendrían que ser operaciones o medidas concretas que se adoptan para llevar a cabo el plan estratégico.¹³ En cambio, la táctica derivó en un tacticismo centrado excesivamente en la obtención y preservación de los espacios de poder estatal, más allá de cierta orientación política general de corte progresista y/o popular que impulsaron todas estas fuerzas. Es cierto que, a comienzos del siglo XXI, la derrota de las fuerzas neoliberales se imponía como un objetivo en sí mismo. Lograr que la derecha política y el poder económico concentrado quedaran fuera del aparato estatal fue una tarea que la propia crisis económica y social convirtió en una estrategia compartida por movimientos sociales, partidos de centro-izquierda e izquierda y la mayoría de la población.

Sin embargo, los partidos –en tanto intelectuales orgánicos colectivos– tienen la obligación de trazarse objetivos estratégicos de más largo aliento. En cambio, los propios éxitos electorales fueron llevando a las fuerzas políticas hacia un tacticismo que, casi inevitablemente, condujo la mayor parte de los esfuerzos partidarios hacia la lucha por lograr victorias electorales que impidieran el retorno de la derecha neoliberal y permitieran la continuidad del gobierno propio.¹⁴ La totalidad de sus cuadros políticos tuvo que abocarse a la gestión del aparato estatal y se dejó de lado, equivocadamente, la reflexión estratégica (tal vez la excepción más clara es el caso de Bolivia). En todo caso, los avances (que los hubo notorios) quedaron en manos de las decisiones políticas, muchas veces sorprendidas, de los/as líderes. Y esta propia

¹³ Acerca de la diferencia entre táctica y estrategia, en Harnecker (1986) contamos con una precisión de estos conceptos a partir de un análisis de los textos de Lenin.

¹⁴ En algún sentido les cabe una reflexión similar a la que formulara Therborn en relación con los partidos socialistas de la II Internacional en la primera posguerra: “Al carecer de una estrategia coherente de transformación socialista gradual, todos estos partidos [y aclara que incluso los más izquierdistas, como el partido socialista noruego] quedaron atrapados por su propio éxito, aunque fuera relativo y modesto, en la administración del capitalismo” (Therborn, 1998: 265).

lógica de la sorpresa, redujo el papel de la militancia y los intelectuales vinculados a estos partidos (López, 2013; Yabkowski, 2013).

En muchos casos, pareciera que la estrategia se limitó a la consolidación del populismo y la aplicación de medidas que deshicieran algunas de las políticas y las instituciones instauradas por el neoliberalismo en los años noventa. El problema es que sin un ideal utópico pero que se traduzca en una estrategia concreta, todo reformismo deviene en estancamiento y retroceso (tal vez, el ejemplo más palmario haya sido el derrotero de la socialdemocracia europea a lo largo de todo el siglo XX).¹⁵

3.2. LA LÓGICA AGONAL O ADMINISTRATIVISTA EN CADA UNO DE LOS PLANOS DISCURSIVOS

Es posible analizar en cada uno de los planos, el grado en que, en cada país, las fuerzas de izquierda y centro-izquierda impulsaron, desde los gobiernos, lógicas agonales o lógicas administrativistas. Aclaremos, nuevamente, que solo formularemos algunas hipótesis generales al respecto.

En el caso de lo estrictamente lingüístico, en algunos países se promovieron lenguajes alternativos a las formas discursivas hegemónicas, con un claro sentido disruptivo. Se buscó articular una nueva discursividad política (por ejemplo, el discurso de los derechos) con tradiciones discursivas propias de las fuerzas políticas históricas (lo nacional y popular, o el marxismo) y también con ciertas formas de hablar de los sectores populares. Los avances fueron claros pero, en el caso argentino, por ejemplo, no se logró que estas discursividades permearan al sentido común. Por lo tanto, se produjo un quiebre en la discursividad social, emergiendo, dos colectivos que hablaban con distintas formaciones discursivas para referirse a las mismas cosas. En la medida en que el colectivo conservador logró interpelar con mayor éxito a la mayoría de la ciudadanía, esta dinámica agonal fracasó. El papel de los medios de comunicación masivo fue determinante de este resultado.

Lo cierto es que en los países donde las fuerzas políticas gobernantes mantuvieron discursividades más moderadas, que no impugnaron el lenguaje dominante, esto incidió en la persistencia de límites en la posibilidad de visualizar la posibilidad de los procesos de cambio. Aunque, tal vez no se generaron reacciones tan contrarias por parte de una parte importante de la opinión pública.

En el plano de lo institucional, en algunos países se avanzó en una profunda reforma constitucional y se instauraron formas participativas. En otros, se mantuvo el sistema constitucional vigente de cuño liberal, con mayores o menores avances en la democratización del poder judicial o el empleo de formas más participativas de la población. En muchos territorios hemos visto

¹⁵ Esta carencia de una estrategia se está colocando, cada vez más, en el centro de los debates de las fuerzas populares. Así, por ejemplo, en el último congreso nacional del Partido dos Trabalhadores, varias tendencias insistieron en la necesidad de discutir y reformular la estrategia del partido (Partido dos Trabalhadores, 2015).

cómo la lógica del capital avanzó desestructurando las relaciones sociales preexistentes, sin que se pudieran organizar resistencias comunales que, tan siquiera, instalaran el debate sobre la deseabilidad de estos cambios. Y las fuerzas políticas de izquierda o centro-izquierda se mantuvieron, en la mayoría de los casos, alejadas de estas problemáticas, como por ejemplo, cuando la expansión del cultivo de soja, en manos de medianos o grandes capitalistas, desestructuraba espacios campesinos y, recién luego de que el proceso avanzara, se visualizaron los devastadores efectos sobre el desarrollo local. Hubo una enorme incapacidad para organizar espacios de participación popular a través de los cuales la ciudadanía se reapropiara del control de su territorialidad (seguramente, la excepción más clara ha sido la promoción del poder comunal en Venezuela).

Por otro lado, en líneas generales, en los países con gobiernos de centro-izquierda, las bases militantes no incrementaron, sino que redujeron, su participación con poder real al interior de las fuerzas políticas en el gobierno.¹⁶ En este sentido, una debilidad de los movimientos populistas ha sido el de una escasa preocupación por las formas de garantizar la participación política de la militancia en torno, por un lado, al debate de las cuestiones ideológicas y estratégicas, y, por otro lado, en su capacidad para definir las figuras políticas que lideren estos procesos y sean sus candidatos para las disputas electorales. El verticalismo de algunas de las formaciones políticas, sumado a una pesada herencia de la video-política, se han ido, lamentablemente, consolidando, y la militancia tiene que resignarse a seguir desde atrás las decisiones, sin que se garantice su verdadera participación. Claramente esta no es una forma emancipatoria de hacer política y el riesgo de un debilitamiento en los procesos políticos es a todas luces un peligro evidente. Justamente porque, frente a las fuerzas poderosas que hay en frente, es imprescindible contar con una fuerza militante de masas. Una fuerza que, por un lado, mantenga el diálogo con el conjunto de los sectores populares, para auscultar sus percepciones y demandas, y, por otro lado, tenga capacidad para definir las estrategias políticas. Por eso, en las actuales circunstancias se deben repensar, de forma creativa, las formas de participación política, refundar los partidos y sus dinámicas internas, y ver las maneras de integrar la energía de los movimientos sociales.

En relación a los medios de comunicación de masas, en la gran mayoría de los países, las políticas implementadas no fueron suficientes para democratizar su funcionamiento. En algunos, prácticamente no se promovieron medidas, y en otros, las mismas fueron paralizadas por el poder judicial. Estas derrotas o batallas no encaradas (según los casos) han tenido importantes repercusiones negativas en la lucha ideológica. Los medios concentrados han tenido una enorme capacidad para significar la realidad en contra de los procesos políticos populares y para mantener los valores y los

deseos que el neoliberalismo había logrado instalar en los años noventa. En la evaluación de largo plazo, resulta claro que habría que haber avanzado de modos más decididos en la democratización de la comunicación durante los primeros momentos de estas gestiones populares.

En cuanto a las formas económicas, en algunos pocos países, ha sido claramente estimulado el desarrollo de formas de producción y distribución alternativas al capitalismo, pero en la mayoría, estas políticas fueron sumamente limitadas. Esto ha debilitado todos los procesos ya que, como plantea Burgos, "la transformación cultural promovida en las empresas autogestionarias, la nueva cultura de colaboración surgida desde el piso de la fábrica o la cooperativa agraria signifi[can] precisamente la formación de nuevos y fundamentales elementos culturales de sociedad regulada y están llamados a ocupar un lugar destacado en la batalla político-cultural" (Burgos, 2012: 161).

En general, se llevaron adelante políticas de redistribución de ingresos, que redujeron la desigualdad, y hubo un incremento en la regulación estatal de la economía. Pero todos los países, en mayor o menor grado, terminaron dependiendo de las tasas de reinversión que llevan adelante sus burguesías nacionales, o de la capacidad para atraer inversiones externas. Y a las burguesías no les causa ninguna gracia que el poder político se les haya ido de sus manos en menor o mayor grado. Su respuesta ha sido no reinvertir las ganancias y fugarlas hacia otros países. Por lo tanto, estos gobiernos populares tienen que trabajar en el delicado equilibrio de garantizarles interesantes tasas de ganancias a las burguesías, pero a la vez, imponerles la reinversión de las mismas.

Las dos formas existentes, a grandes rasgos, de lograr este incentivo son, en una opción, a través de bajos salarios (lo cual es un objetivo incompatible con los postulados populares) o, en la otra opción, garantizándoles un mercado interno, a escala continental. Consideramos que esta última sería la estrategia central que habría que perseguir. De este modo, se podría disciplinar a las burguesías, en el sentido de que se resignen a no ser gobierno, pero a reinvertir si quieren usufructuar el mercado continental. Obligarles a tener un perfil productivista, y no especulativo-financiero. Para eso son claves dos políticas: no avanzar en apertura comercial hacia países de fuera de la región, y derrotar electoralmente a las fuerzas de la derecha, de un modo tan contundente que las burguesías se resignen a no gobernar (como ocurrió en algunos momentos de estos procesos). De este modo, deberán aceptar un horizonte posneoliberal e, incluso, que se desarrollen interesantes espacios de economía social, cooperativa, popular, estatal, por más que otros espacios seguramente seguirán dominados por la lógica del capital. Las recientes victorias electorales de la derecha en varios países, claramente, no contribuyen a consolidar esta resignación y complican las bases estructurales de los proyectos emancipatorios.

En relación a la cuestión de los modos de vida, uno

¹⁶ Ver, por ejemplo, las breves pero agudas reflexiones de Boff (2016).

de los efectos de las políticas redistributivas y contracíclicas (que buscaron moderar los efectos de la recesión mundial, a través del estímulo del consumo) fue un incremento en el consumismo de vastos sectores de la población. Este ha sido uno de los puntos más débiles en las disputas por la hegemonía. El consumismo mantiene, e incluso profundiza, la hegemonía neoliberal en este plano (ver una primera aproximación a estas cuestiones en Balsa, 2006b). De este modo, se continúa con conductas individualistas que se sintetizan en el concepto de “ciudadanos-consumidores” (García Canclini, 1995).

Además, construir hegemonía en base al consumo provee de bases muy poco sólidas a los procesos populares. Al principio, se puede conseguir la adhesión de amplios sectores de la población, ya sea por su inclusión a patrones de consumo que nunca habían alcanzado, como por la recuperación de los mismos, en el caso de las clases medias empobrecidas por el neoliberalismo. El riesgo que tiene considerar esta política redistributiva como una estrategia política, es que nada garantiza que la ampliación del consumo por sí misma genere adhesión política. Esto es así por, al menos, dos factores.

En primer lugar, muchos actores, en especial de las capas medias, prefieren pensar que esta ampliación de la capacidad de consumo se debe a su propio esfuerzo, y no a las políticas gubernamentales. En una especie de negación psicoanalítica, toman lo que les dan las políticas redistributivas, pero se oponen a los gobiernos que las implementan. Incluso más, a medida que pasan a poseer más cosas, comienzan a preferir políticos que se postulan como defensores de sus privilegios (en su doble sentido, que aseguren su posesión, pero que también procuren que no accedan a estos bienes y servicios, los estratos sociales que se encuentran hasta el momento marginados de estos consumos). La ampliación del consumo solo tendría un sentido estratégico que favorezca el proceso emancipador, si se acompaña de un trabajo político que involucre a las masas en la toma de decisiones y en acciones colectivas que refuercen la construcción de una identidad político-social. Sin incorporar estos elementos dentro de una política global y solidaria, la expansión del consumo es más un problema que una solución. El trabajo ideológico es imprescindible, pero el involucramiento en la toma de decisiones sobre política económica resulta clave para generar la conciencia de que estos resultados son el producto de un proyecto colectivo.

Y, en segundo lugar, las ansias de consumo, por su propia lógica, nunca se satisfacen. Por lo tanto, cuando tengo algo, luego quiero otra cosa. Y, en tanto todo proceso redistributivo tiene límites objetivos (tanto en términos económicos como en términos socio-ambientales), más tarde o más temprano, el consumismo genera un inconformismo social que no tiene porque autolimitarse. El Yo consumista termina apoyando cualquier fuerza política que le ofrezca poder seguir

aumentando sus niveles de consumo.¹⁷ Solo el debate y la participación colectiva en la toma de decisiones podrán asegurar que el aumento del consumo no se torne un boomerang contra los gobiernos que lo promueven. En este sentido, una propuesta estratégica no debe trabajar a partir del consumismo, sino del “buen vivir”, promoviendo una reflexión acerca de nuestros deseos. Aquí resulta muy pertinente retomar la reflexión de Foucault (2002) acerca de que el deseo es algo que se construye socialmente –a diferencia de su santificación por parte del liberalismo–, y esto puede hacerse de formas más autoritarias o de formas más democráticas. Por eso una política emancipatoria debe promover el trabajo de auto-reflexión sobre el plano de los modos de vida, sobre lo que deseamos. Incluso, se debería recuperar el planteo utópico del deseo, en términos de estimular la elaboración colectiva de nuestros deseos acerca de cómo creemos que sería bueno que fuese nuestra sociedad. Una cuestión que, para nosotros, se vincula con el contra-neoliberalismo.

No hemos podido analizar en este trabajo, el complejo lado de las alianzas de clases y fracciones de clase, pero sí podemos señalar que este es otro de los puntos más débiles de los procesos de izquierda y centro-izquierda del continente. La intervención estatal en la economía, la planificación de la expansión de la demanda y la apuesta a profundizar la integración económica regional (por sobre la apertura al mercado mundial), fueron elementos comunes de estos procesos. Sin embargo, no alcanzaron para delinear claramente un modelo de acumulación diferente del construido en los años noventa y, menos aún, unas alianzas de clases y fracciones que fueran estables, en el sentido de que redujeran las disputas por el excedente y aseguraran altos niveles de reinversión de las ganancias por parte de los sectores de la burguesía más beneficiados en estos años. Ni estas fracciones burguesas han sido consecuentes en consolidar estos modelos (vía altas tasas de reinversión de las ganancias, por el contrario llevaron adelante una extraordinaria fuga de excedentes hacia el exterior), ni, incluso, las fracciones de los asalariados que vieron incrementar más sus ingresos, se convirtieron en sus más sólidos defensores.¹⁸

Es probable que el propio discurso populista, que desdibuja a los integrantes de la alianza bajo el amplio pero impreciso concepto de “pueblo”, haya contribuido

17 En el caso argentino, fue claro que, cuando los déficit en la balanza comercial aconsejaron limitar las importaciones de bienes de consumo electrónicos y estimular la producción local de los mismos (aunque sea en forma parcial), se multiplicaron las voces de protesta por su encarecimiento o escasez.

18 Al respecto resulta muy instructivo el apartado en el que Therborn analiza la reproducción de la dominación burguesa incluso bajo gobiernos de “El partido del trabajo”. Allí se detallan las tres maneras a través de las cuales la burguesía ejerce una constante presión sobre los gobiernos obreros reformistas: una permanente e inescrupulosa campaña ideológica, la publicación de informes acerca de las necesidades insoslayables de la “economía” y el mantenimiento de canales informales con ciertos dirigentes sindicales. A lo que se suman diversos sistemas de coacción económica: fuga de capitales, real o potencial, fijación de condiciones a la concesión de créditos, etc. (Therborn, 1998: 255-256).

a esta falta de claridad en la constitución de un proyecto. La amplitud y la ambigüedad, propia de todo significativo vacío, presentan las ventajas que señalara Laclau para construir mayorías “populares”, pero también la debilidad de su propia vaguedad semántica, tal como planteara Marx en relación a las carencias de un lenguaje apropiado para el proletariado a lo largo de todo el proceso iniciado por la revolución de 1848 y su finalización en la entronización de Luis Bonaparte (Marx [1850] y [1852]).¹⁹

3.3. DEL POSNEOLIBERALISMO A UNA ESTRATEGIA CONTRA-NEOLIBERAL

El posneoliberalismo ha funcionado como una especie de “programa” para desmontar las políticas neoliberales que se implementaron en los noventa en América Latina.²⁰ Hay que reconocer que la contemplación de las decisiones políticas que destruyeron esas instituciones fue algo realmente muy emocionante. Al menos en Argentina, las políticas neoliberales se habían consolidado con tal fuerza y habían alcanzado tal grado de naturalización, que a la enorme mayoría nos parecían imposibles de revertir, al menos por un gobierno de centro-izquierda.

Pero, revertir las medidas tomadas en los noventa, sino se articula con otras políticas, simplemente nos regresaría a la situación de los años ochenta. No nos propone una utopía nueva, sino un retorno a un pasado, obviamente mejor que el contexto neoliberal, pero con el cual, recordemos, tampoco estábamos de acuerdo. Además, este tipo de medidas políticas tiende a agotarse en sí mismo. Solo queda mejorar su implementación, en general en términos técnicos, y defender las medidas frente a los intentos de retrotraerlas. Lo cual, como estrategia política, coloca a estas fuerzas en una línea de tipo defensivo (Grimson, 2015). En síntesis, no alcanza para desatar un sendero emancipatorio y abrió las puertas a debilitar los proyectos populares frente a un avance muy prolijamente organizado de las derechas en casi todo el continente.

Creo que la opción es radicalizar el posneoliberalismo hasta convertirlo en una estrategia contra-neoliberal.²¹ Para ello, hay que identificar la raíz de la propuesta

¹⁹ Al respecto, Marx anticipa, pero con un sentido crítico, el concepto de “significante vacío” de Laclau:

...vino a resultar... que el hombre más simple de Francia adquirió la significación más compleja. Precisamente porque no era nada, podía significarlo todo, menos a sí mismo. Sin embargo, por muy distinto que pudiese ser el sentido que el nombre de Napoleón llevaba aparejado en boca de diversas clases, todos escribían con este nombre en su papeleta electoral... (Marx, [1850] (1973): 90).

²⁰ Una visión completamente crítica del “posneoliberalismo” puede consultarse en Stoliczka (2012).

²¹ Evidentemente el término “contra-neoliberalismo” tiene la desventaja de estar formulado solo en términos negativos. En el mediano plazo, las fuerzas políticas deberán encontrar un significativo que sintetice mejor la propuesta en términos positivos. Sin embargo, en esta coyuntura de retrocesos en la región, creo que el término tiene la ventaja de convocar, de un modo muy amplio, a todos los sectores golpeados por la ofensiva neoliberal.

neoliberal y golpear en este punto. El núcleo del neoliberalismo es la idea de que el mercado es el mejor asignador de recursos y que, por tanto, toda intervención política (por más democrática que sea) empeorará la situación. Un contra-neoliberalismo consecuente debería reafirmar justamente lo opuesto: el conjunto de la sociedad, a través de la participación democrática, puede tomar mejores decisiones sobre cómo organizar los recursos. Esta dinámica, entonces, no funcionaría de un modo unidireccional, sino en un proceso de constantes pruebas, errores y correcciones.²² Sería la implementación del poder popular que, como dice Mazzeo (2007: 195), “es tanto medio y camino para la liberación, como fin último, deseo y proyecto”. Por eso, sus formas de decisión asamblearias tendrían una dinámica que sería algo muy cercano a lo que podemos entender por socialismo. Un socialismo que no prefija los rumbos a seguir, sino que apuesta al autogobierno, a que las sociedades decidan sus formas de organización socio-económicas, desde el nivel comunal hasta el continental. Se debería politizar los temas de la vida cotidiana y de la organización territorial, pero también debatir las cuestiones de la agenda nacional, a riesgo de tener derrotas transitorias en la definición de algunas cuestiones. En este sentido, habría que siempre respetar el derecho a equivocarse, no imponiendo desde arriba la “línea correcta”, sino sugiriendo, coordinando y aceptando las percepciones y los tiempos de las mayorías. Sería un socialismo que, entonces, se base en el poder popular y que pueda ir construyéndose desde abajo y contribuyendo a modificar subjetividades.²³ Para lo cual es necesario desplegar una relación dialéctica entre poder popular y gobiernos populares.²⁴ En esta estrategia resultan sumamente interesantes las experiencias del poder comunal en Venezuela, más allá de las dificultades que se han encontrado en su implementación.²⁵

Para avanzar en esta dirección, resulta vital mantener un espíritu unitario, evitando el fraccionalismo fratricida que ha caracterizado a muchas izquierdas. En este sentido, es clave comprender la idea desarrollada por García Linera (2011) de percibir a las tensiones de los procesos emancipatorios, no como contradicciones irresolubles, sino como instancias para, creativamente, mantener la vivacidad de los mismos.

Solo extremando este esquema se podría lograr que el posneoliberalismo se desembarace realmente del

²² En este sentido, replicaría la manera como funciona, en teoría, el mercado.

²³ Con “espacios de sociabilidad alternativos que resisten el espacio mercantil-burgués” y que hacen “posibles un nexo social no basado en el valor de cambio y vínculos humanos no objetivados por el dinero (Mazzeo, 2007: 154).

²⁴ Al respecto Mazzeo sostiene que “las formas embrionarias de poder popular no lograrán desplegarse, la autonomía de las clases subalternas no logrará consumarse sin un gobierno popular, sin cuotas de poder político. Entonces debemos plantearnos la necesidad del poder político bajo la forma de un gobierno popular como medio (paso) para consumir el poder popular”, y desarrollando “espacios de ‘negociación horizontal’ con el Estado” (Mazzeo, 2007: 146 y 194-195).

²⁵ Ver, por ejemplo, las reflexiones de Cieza (2015).

neoliberalismo; y solo pensando de un modo abierto el socialismo –abierto a lo que la sociedad (las mayorías populares) decida en cada caso, haciendo su experiencia, equivocándose, pero nunca perdiendo la capacidad de decidir por encima del mercado–, es que habrá un socialismo que no repita los errores del vanguardismo (que prefija qué hay que hacer), ni del estatismo (que impone la razón de Estado por sobre la democracia popular). Tal vez, solo tal vez, estos momentos de

incertidumbre y de retrocesos que se viven en América Latina, sirvan para profundizar la discusión sobre la estrategia y permitan volver a la ofensiva política con mayor claridad que la que hubo durante la primera década de gobiernos populares.

Fecha de recepción: 29 de febrero de 2016

Fecha de aceptación: 22 de junio de 2016

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Angenot, Marc (1998), *Interdiscursividades. De hegemonías y disidencias*, Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.
- Angenot, Marc (2010), *El discurso social. Los límites históricos de lo pensable y lo decible*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Balsa, Javier (2006a), "Notas para una definición de la hegemonía", *Nuevo Topo*, n° 3. Disponible en: <http://iesac.unq.edu.ar/jbalsa>
- Balsa, Javier (2006b), "Las tres lógicas de la construcción de la hegemonía", *Revista Theomai/Theomai Journal*, 14. Disponible en: <http://revista-theomai.unq.edu.ar/numero14/ArtBalsa.pdf>
- Balsa, Javier (2010), "Las dos lógicas del populismo, su disruptividad y la estrategia socialista", *Revista de Ciencias Sociales*, 17, Universidad Nacional de Quilmes.
- Balsa, Javier (2011), "Aspectos discursivos de la construcción de la hegemonía", *Identidades*, 1, Instituto de Estudios Sociales y Políticos de la Patagonia, Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco.
- Balsa, Javier (2015), "Puntos de diálogo entre la teoría de la hegemonía de Laclau y los estudios del lenguaje", ponencia presentada en el *Simpósio pós-estruturalismo e teoria social: o legado transdisciplinar de Ernesto Laclau*, organizado por la Universidade Federal de Pelotas celebrado en la ciudad de Pelotas (Brasil), 16 a 18 de septiembre de 2015. Disponible en <http://wp.ufpel.edu.br/legadolaclau/files/2015/07/Javier-Balsa.pdf>
- Balsa, Javier (en prensa), "The concept of Hegemony in Discourse Analysis", en M. Badino, M. y P. Omodeo, *Gramscian Concepts for the History of Science*, Londres, Historical Materialism.
- Boff, Leonardo (2016), "Os equívocos do PT e o sonho de Lula", *Brasil 247*, 7 de Fevereiro de 2016. Disponible en: <http://www.brasil247.com/pt/colunistas/leonardoboff/216208/Os-equ%C3%ADvocos-do-PT-e-o-sonho-de-Lula.htm>
- Borón, Atilio (2014), *Socialismo Siglo XXI ¿Hay vida después del neoliberalismo?* Buenos Aires, Ediciones Luxemburg.
- Burgos, Raúl (2012), "Para una teoría integral de la hegemonía. Una contribución a partir de la experiencia latinoamericana", *Realidad Económica*, 271, pp. 133-170.
- Cieza, Guillermo (2015), "Repensando Venezuela", *Herramienta*, 56, otoño de 2015.
- Coutinho, Carlos Nelson (2003), "O conceito de política nos *Cadernos do cárcere*", en Coutinho y de Paula Teixeira (comp.), *Ler Gramsci, entender a realidade*, Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.
- Foucault, Michel (2002), *Historia de la sexualidad: la voluntad de saber*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Frosini, Fabio (2009), "Gramsci dopo Laclau: politica, verità e le due contingenze", en Fabio Frosini e Adriano Vinale (ed.), *Verità, ideologia e politica*. Nápoles, Cronopio.
- García Canclini, Néstor (1995), *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. México, Grijalbo.
- García Linera, Álvaro (2011), *Las tensiones creativas de la revolución*. La Paz, Vicepresidencia del Estado Plurinacional. Disponible en http://www.vicepresidencia.gob.bo/IMG/pdf/tensiones_revolucion.pdf
- Gramsci, Antonio (1981-1999), *Cuadernos de la Cárcel*. México, Editorial Era.
- Gramsci, Antonio (2006), *Antología*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Grimson, Alejandro (2015), "La pregunta por la derrota cultural", *Anfibia*. Disponible en <http://www.revistaanfibia.com/ensayo/la-pregunta-por-la-derrota-cultural/>
- Harnecker, Marta (1986), *Estrategia y táctica. Instrumentos leninistas de dirección política*. Buenos Aires, Antarca.
- Katz, Claudio (2015), "¿Qué es el neodesarrollismo? Una visión crítica. Argentina y Brasil", *Serviço Social & Sociedade*, São Paulo, n. 122, p. 224-249, abr./jun. 2015
- Laclau, Ernesto (2005). *La razón populista*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, Ernesto (2006), "Por qué construir un pueblo es la tarea principal de la política radical", *Cuadernos del Cendes*, v. 23, n. 62 (traducción el artículo de *Critical Inquiry*).
- Laclau, E. y Mouffe, C. (1987a), *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. España, Siglo XXI editores.
- Laclau, E. y Mouffe, C. [1987b] 1993, "Post-Marxism without Apologies", *New Left Review*, 166 (versión en castellano en E. Laclau, *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1993).
- López, María Pía (2013), "Partes del todo", en J. Balsa (comp.), *Discurso, política y acumulación en el kirchnerismo*, Buenos Aires, UNQ-CCC.
- Marchart, Oliver (2009), *El pensamiento político posfundacional*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Marx, Karl [1850] (1973), *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, Buenos Aires, Anteo.
- Marx, Karl [1852] (1973), *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, Buenos Aires, Editorial Anteo.

- Matos, Daniel y Eduardo Molina (2016), "Giro a derecha y lucha de clases en Sudamérica", *Estrategia Internacional*, 29.
- Mazzeo, Miguel (2007), *El sueño de una cosa (Introducción al poder popular*, Buenos Aires, El Colectivo.
- Modonesi, Massimo (2013), "Revoluciones pasivas en América Latina. Una aproximación gramsciana a la caracterización de los gobiernos progresistas de inicio de siglo", en M. Modonesi (comp.), *Horizontes gramscianos. Estudios en torno al pensamiento de Antonio Gramsci*, México: UNAM.
- Partido dos Trabalhadores (2015), "Um Partido para tempos de guerra. Contribuição da tendência Articulação de Esquerda ao 5º Congresso Nacional do PT", en *5º Congresso Nacional, Caderno de Teses*. Salvador, 11 a 13 de junho de 2015.
- Retamozo, Martín (2011). "Tras las huellas de Hegemón. Usos de hegemonía en la teoría política de Ernesto Laclau", *Utopía y Praxis Latinoamericana*, n° 55 (octubre-diciembre, 2011); pp. 39 – 57. Disponible en: <http://revistas.luz.edu.ve/index.php/upl/article/view/9614/9298>
- Sader, Emir (2009), *El nuevo topo*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Stolowicz, Beatriz (2012), "El 'posneoliberalismo' y la reconfiguración del capitalismo en América Latina (2011)", en B. Stolowicz, *A contracorriente de la hegemonía conservadora*, México, Espacio crítico-Universidad Autónoma Metropolitana.
- Therborn, Göran (1998), *¿Cómo domina la clase dominante?*, Madrid, Siglo XXI.
- Yabkowski, Nuria (2013), "Dos tiempos para pensar el kirchnerismo", en J. Balsa (comp.), *Discurso, política y acumulación en el kirchnerismo*, Buenos Aires, UNQ-CCC.
- Zizek, Slavoj (2006a), "Against the Populist Temptation", *Critical Inquiry*, 32 (3).
- Zizek, Slavoj (2006b), "Schlangend, aber nicht Treffend!", *Critical Inquiry*, 33 (1).